

## CAUSERIE

### HUMUS

(Al Sr. D. Domingo Lamas)

"Se me antoja que algunas veces no tengo más ingenio que un cristiano, que cualquier hijo de vecino: como mucha carne de vaca, y creo que esto me entorpece el ingenio.

Shakespeare."

Voy a contarles a ustedes, no vayan a leer *cantarles*, una Odisea. Se darían un chasco por partida doble. Primero, porque no me propongo escribir en verso; segundo, porque siendo yo muy prosaico, mi Odisea no lo sería sino en el nombre, remitiéndolos a ustedes, en todo caso, si no lo han leído, al famoso poema de Homero, que, como tantas otras cosas, todavía está en duda, si existió o no.

Digo entonces Odisea, en sentido figurado, si figura cabe en ello. Me encuentro, parafraseando a Alfredo de Vigny, con que yo no hago estas Cau-series, sino que ellas se hacen, -a la manera de un fruto que madurara y creciera en mi cabeza. Tengo que empezar por algo, mientras la inspiración no se completa, o no doy en bola; y ahí tienen ustedes porqué, en vez de *ciclo*, que me parece apropiado y concreto, siendo como ustedes saben la reproducción persistente del mismo fenómeno, he puesto odisea.

Voy entonces, no a cantarles ni a contarles, sino a trazarles el ciclo, la evolución, el viaje, casi al rededor del mundo..... ¿de qué se imaginan ustedes?

Se lo diré a ustedes, no vayan a imaginarse que se trata de una aventura amorosa.

No, sólo se trata de una *palabra* , —líquida. Allá por el año del Señor de 1872, ocurrióseme fundar otro diario, —he fundado varios,— y como quien tiene la intuición del porvenir, aunque carezca del genio de los negocios, púsele "El Mercantil."

Y no me contenté con esto. Lo hice diario de la mañana y de la tarde. Es decir, un desastre matutino y vespertino. Los amigos y los conocidos me felicitaban, —de los colaboradores, no hay que hablar. Todos estaban encantados de tener una salida máxima para sus elucubraciones. Yo mismo tuve mis vértigos. El libro de caja, el temible

libro de caja, —ese infalible barómetro del humor,— me decía, sin embargo, que el número de lectores era infinitamente menor que el número de admiradores. Y, cansado de dar coces contra el aguijón, viré de bordo, cinglando en otro rumbo. Pueden ustedes leer que me deshice y vendí el malhadado "Mercantil."

Pero, como es humanamente imposible olvidar lo que nos ha hecho sufrir, yo no puedo olvidarme de "El Mercantil." ¿A que ninguno de ustedes ha olvidado la primer mujer que les dio un chasco? que los hizo desesperarse hasta pensar en el suicidio? Y ¿a que se han olvidado de todas las mujeres que han chasqueado?

Por consiguiente, no pudiendo olvidarme de aquel instrumento de tortura para mis finanzas,— es claro que no puedo olvidarme de los que con más o menos desinterés me ayudaban a disiparlas.

Entre los que compartían mi suerte, por puro amor al arte, por simpatía, porque yo les había caído en gracia, porque alguna afinidad electiva nos unía, anoto aquí, con mucho gusto, este nombre: Domingo Lamas, que era ya, aunque muy joven, sabio, —y sabio en las materias más arduas, más áridas, más difíciles, sin duda por aquello de que "De casta le viene al galgo el ser rabilargo.

Dominguito, como yo le llamaba entonces, era un Domingazo, —no ha hecho más camino, porque no ha querido seguir mis consejos, y esto arguye lo de siempre: que el hombre ha de aprender en cabeza propia. La fe, en la eficacia de los consejos bondadosos de tatita y de mamita les viene a ustedes cuando ya están hechos una miseria...

Dominguito, mejor dicho, Domingo Lamas, entró una mañana, como de costumbre, en la sala de redacción, hallándome muy agitado, tanto que, apenas contesté a su saludo.

El se sentó. Yo seguí paseándome todo nervioso. —Imagínense ustedes que me habían nombrado padrino, —no de casamiento, que es una aventura en la que el más pintado se embarca sin reflexionar, sino de otra gran barbaridad, de un desafío,— y que mi ahijado, que era un hombre, que, a juzgar por su volumen, era de tomarlo por el Cid Campeador..... se me echaba atrás.

Domingo me observaba con su genial discreción y seguía mis movimientos, con afectuosa soliditud.

De pronto, me detengo y le digo:

-Hijo (yo soy mucho más tierno de lo que ustedes piensan), hoy no puedo escribir; tengo el diablo en el cuerpo, las cosas ajenas me truncan, hágame usted

el gusto de escribirme un editorial para mañana.

Un editorial! Ustedes, respetabilísimos lectores, ignoran que hay en las artes dos *tours de force*, que se repiten cotidianamente,—dos cosas muy fáciles al parecer, muy difíciles en realidad: que al cocinero no se le *chingue* el Omelette soufflé (yo lo hago admirablemente y se me *chinga* rara vez) y que a un redactor se le ocurra, y le salga bien, el artículo editorial.

De aquí que muchos redactores tengan frecuentemente un compromiso de honor, en el momento psicológico de pasar el Rubicón y que apechuguen con algún muchacho, provinciano por lo regular, condiscípulo muy listo, que, ni después de verse en letra de molde, tiene todavía la conciencia de sí mismo.

Ah!, yo he visto a este respecto casos y cosas instructivas, maravillosas, deliciosas, edificantes, admirables, -que ustedes sabrán algún día, así que se publiquen mis "Memorias."

—Señor, me interrumpe mi Secretario para observarme (teme quizá no estar con vida y salud para entonces) ¿no sería mejor que, en vez de sus "Memorias", que es cosa para *después*, escribiera usted sus "Recuerdos", que es cosa para *ahora*? Así ambos a dos nos divertiríamos y retozaríamos por el vastísimo campo de la filosofía.

Pero ¡amigo! qué fatalidad es esta mía, que a lo mejor del cuento me ha de interrumpir usted!....

Sí, haré lo que usted quiera,..... en lugar de mis "Memorias", escribiré mis "Recuerdos". Váyase preparando....

Mi Secretario me mira con una de esas caras en las que visiblemente se lee: "y después no me creen cuando yo hago su apología... y digo, demuestro, pruebo y compruebo que es usted el hombre más razonable del mundo".

Perfecto... pero, ¿dónde íbamos? A ver el hilo del discurso....

—¿Sobre qué, me preguntó Domingo, quiere usted que escriba?

Para consultas estaba yo, con el mandria de mi ahijado, que retrocedía.

—Escriba usted, repuse, sobre la China, sobre el Japón, sobre el Gran Chaco....

Domingo me miró, como diciendo "este hombre ha perdido la chaveta", —y, sin embargo, aquella respuesta era toda una sugerión.

Escribir sobre lo que se ignora! Es el *a b c* de los redactores, y más de cuatro que pasan a la posteridad, convencidos de que saben Geografía, han escrito su "Argirópolis".

Yo salí.

Domingo se quedó, -abrumado bajo el peso de aquella frase breve, que hacía vibrar en su oído entre una jota dos chés, *China, Chaco*, —y se sentó y se dijo: No conozco el territorio del Chaco más que por las malas cartas geográficas comunes que lo representan; es para mí un espacio vacío, como la Patagonia o el Africa Central.

Pero yo veo, en las estadísticas de cabotaje, con frecuencia, "maderas del Chaco". A ver, asociemos ideas, el producto a la latitud; ya estoy; ya tengo el título, -y en materia de artículos editoriales, el título suele ser todo— y Domingo puso "Riquezas del Chaco."

Sí, mas faltaba el rabo por desollar. Domingo se acordó de que había nacido o vivido en el Brasil, de que había sido aficionado a la Botánica, de que había hecho muchas excursiones en las florestas vírgenes, para herborizar a la vez que para gozar de la naturaleza salvage, tan superior con sus guirnaldas espinosas, sus variedades infinitas de víboras y otros enemigos de nuestros centros civilizados, en los cuales el arte no alcanza a la belleza de lo que reemplaza, —creando, la lucha por la existencia, bestias más temibles e insectos más repelentes y dañinos.

Domingo, ahí donde lo ven ustedes con su aire negligente y su tendencia invencible a esa ciencia prosaica de la que Bastiat ha hecho algo de poético, conservaba muy vivo el recuerdo de sus impresiones infantiles.

Aquellos grandes y exuberantes bosques tropicales fueron su paleta, -y de ahí a pintar un cuadro completamente fantástico del Chaco, que justificara el complemento de *riquezas*, no hubo más que un abrir y cerrar de ojos.

Domingo, es muy fecundo, tan fecundo como yo, que es cuanto se puede decir; y tengan ustedes la bondad de entender esto, porque la fecundidad nada tiene que hacer con la excelencia de las producciones.

Domingo, comenzó, decía, a producir y producir carillas y carillas, que iban a las cajas y no volvían, y se marchó, —haciendo lo que no se debe hacer, dejando a otros el cuidado de corregir sus pruebas, en imprentas donde no hay *proto*.

Al día siguiente, el Chaco ideado, por no decir falsificado, por Domingo, apareció, como primer editorial de *El Mercantil* y, según confidencias posteriores, Domingo esperaba reclamos míos, que se preparaba a refutar, contestándome con una espiritualidad por el estilo de ésta:

—¿Y qué quería usted, que yo le escribiera sobre el Gran Chaco!

Esa situación de espíritu de Domingo se explicaba: era la primera vez que se metía a escribir de lo que no sabía.

Todo tiene su compensación bajo las estrellas, y ustedes verán más adelante si no la tuvo la audacia de Domingo.

En primer lugar, su expectativa quedó burlada respecto de mí; yo nada le dije, o porque no había leído el artículo, o porque me había parecido óptimo.

Esto último fue, sin duda, lo que a otros les sucedió.

Tres días después *El Siglo* de Montevideo y *La Idea* de Montevideo, venían de allá para acá trayendo en sus columnas, tan ilustradas, el artículo "Riquezas del Chaco", sin decir qué madre lo había parido.

A los cuatro días "La Verdad" de aquí (fíense ustedes en la verdad) reproducía el mismo, mismísimo artículo, como cosa suya (*El Mercantil* era un diario muy bien escrito, pero nadie lo leía).

La peregrinación del artículo continuó, por todas las provincias argentinas, inclusive la de Corrientes, cuyos diarios, con gran espanto de Domingo y risa mía y exhortaciones al silencio, no se curaban mucho que digamos del séptimo mandamiento de la ley de Dios, por lo bien, sin duda, que conocían el Chaco, siendo casi limítrofes.

No es esto todo: a vuelta del correo de Chile y del Perú, del Pacífico entero, las "Riquezas del Chaco" hacían su papelón, ni más ni menos que si se tratara de una nueva California.

*Encore*, a los dos meses leyendo un día con Domingo, *La Nación*, nos encontramos con un largo artículo sobre política internacional, en el que para demostrar la importancia del Chaco, una parte del cual estaba en litigio con el Paraguay, reproducía casi toda la descripción de marras, sin citar, como los demás diarios tan honestos y tan verídicos como *La Nación*, la procedencia de esa literatura interlope.

*Ainda mais*, —o ustedes se imaginan que el país no da sus frutos?

Algunos años después, un libro mandado escribir y editar por el Gobierno Argentino, con motivo de la Exposición de Filadelfia, —libro, que tenía por objeto hacer conocer nuestro país, aparece con el afortunado artículo, como cosecha de otro autor.

Poco después de esto, la "Guía de Ruiz", sin

ofender a Dios ni al diablo, se hacía la misma apropiación. Y, todavía, como si el producto de Domingo fuera *guacho* o bien mostrencos, hete aquí que aparece consignado en otro libro argentino, calafateado para hacernos conocer en Europa. Domingo estaba desesperado, con estos robos tan descarados.

Yo le decía: "si, debe usted más bien felicitarse!" —y le contaba, —en mis "Recuerdos" estaré esto muy detallado, -que los mismos que decían que yo no sabía escribir aplaudían y ponían por los cuernos de la luna los mensajes y documentos que yo escribía para otros, -encabezándolos después en la prensa con elogios *mirobolantes*, como dicen los que no se detienen ante ningún galicismo, o como son capaces de decir los que escriben, que nuestros soldados, —los enviados a la Exposición de París- hablan un francés *arbitrario*, original, "casi nuevo; pero tan pintoresco, tan salpicado de gauchadas sabrosas, que vale tanto como el más "clásico". (Dios nos libre de la mejor muestra posible!)

Pero, robo más o menos en este mundo traidor, —en este mundo en el que hay sofistas que sostienen que hasta el comercio es el robo organizado ¿qué quita ni pone al placer de vivir?

Lo mejor es tomar las cosas como vienen, —divertirse con ellas, y, si es posible, sacar de ellas alguna enseñanza útil.

Y de todo esto, ¿qué enseñanza sacaremos?

Voy a decírselo a ustedes

En *El Mercantil*, la descripción de Domingo, que no corrigió sus pruebas, apareció con un notable error tipográfico.

Domingo, al hablar de la fertilidad del suelo del "Gran Chaco", escribió las *capas de humus* —palabra que los cajistas reemplazaron por *humos*, con o.

Shakespeare, dice en alguna parte que el hombre es como el gato que se ensucia siempre en el mismo lugar. Pues, señores, esta vez está comprobada la afirmación del gran poeta-filósofo. El hombre, agrego yo, es como la urraca, —a la que debiera llamarle urraca.

En ninguno de esos artículos, reproducidos en diarios y en libros, escritos y corregidos, publicados y editados, como cosa propia, por infecundos autores, garduñas (mi secretario dice que ésta es muy linda palabra) está corregido el error tipográfico de *El Mercantil*.

Y no puede decirse:

*Et Rosette a vécu ce que vivent les roses.*

Sino al contrario: ustedes conocen el cuento:  
Malherbe, —leyendo un día la prueba del verso  
anterior, se sorprendió del cambio y modificó del  
modo siguiente su verso, que ganó mucho:  
*Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses.*  
Y vaya una quisicosa que tiene más *humos* lite-  
rarios que *humus*.  
Perdón, *s'il vous plait.*

Lucio V. Mansilla